

**EL EDIPO SIN SUBDITOS:
CIUDADANÍA Y NUEVOS AGENCIAMIENTOS DEL SUJETO EN LA
SOCIEDAD MEDIADA POR LA TECNOLOGÍA**

**KAREN ENTRIALGO
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN ARECIBO**

Repensar la ciudadanía hoy a la luz de las transformaciones que marcan una mudanza de época nos pone de plano en el análisis de nuevas subjetividades, nuevos agenciamientos del sujeto y, por ello mismo, nos obliga a pensar lo político. Pues no hay nada en la constitución de la subjetividad que no remita a la díada irreductible sujeción/autonomía, o si se quiere, sometimiento/libertad. No hay nada en ese movimiento que escape a las relaciones de poder.

Este trabajo contempla examinar, por un lado, el lugar que ocupa la ciudadanía moderna en la producción de un cierto tipo de subjetividad: esa cuyo agenciamiento político quedaba restringido al espacio delimitado por la política como “lo público”; agenciamiento este que, a su vez, se veía organizado por la razón como espacio privilegiado y criterio legitimador. De otro lado, y a fin de convocar a una reflexión en torno al estatuto de la categoría de ciudadanía en la actualidad, me propongo explorar las nuevas formas de agenciamiento del sujeto que retan la función simbólica de la metáfora ciudadana. La tesis que deseo desarrollar aquí, sirviéndome de las categorías conceptuales del psicoanálisis, es que la ciudadanía que operaba como uno de los nombres del padre en la modernidad; es decir, que le confería al sujeto el nombre propio con el cual presentarse ante el mundo, que lo humanizaba haciéndolo sujeto de derecho y

miembro de una comunidad, aparece hoy, en la sociedad globalizada, como el padre que el sujeto tiene que renegar para agenciarse.

El desvanecimiento de muchas de las estructuras discursivas que conformaban la modernidad como modo de civilización nos ha permitido mirar más allá de las superficies que estos discursos – la ciencia, la razón, el progreso, la emancipación – presentaban como fundamentos, como principios ciertos, como esencias absolutas. Bastaría entonces con tomar al individuo, que en la sociedad moderna aparece como punto de partida y sinónimo de ciudadano.

El advenimiento del Estado Moderno marca el inicio de la función simbólica que cumplirá la ciudadanía en la producción de un nuevo tipo de subjetividad y, con ello, un nuevo sujeto político: el ciudadano. En el mundo antiguo y medieval, el sujeto se hacía ciudadano en tanto sometido a un poder absoluto, cuya legitimidad le era inherente, fuese este el amo, el maestro, Dios o el soberano. La ciudadanía aparece como productora de la agencia política del sujeto en el momento en que, habiendo abolido el principio de su sujeción, los individuos comienzan a pensarse a sí mismos como sujetos libres, conquistando y constituyendo su ciudadanía política. El tránsito de una forma de poder legitimada en sí misma a una que tenía que ser legitimada racionalmente, es decir, desde afuera de sí, abría la brecha, el intersticio por el cual podía asomarse la agencia del sujeto. A partir de este momento, la libertad y el sometimiento no podían ser ya más pensados como categorías absolutas, independientes una de la otra. Así tampoco el sujeto podía aparecer pre-existiendo a su sujeción o a su autonomía. Y sin embargo, nuevas operaciones en la constitución de la modernidad harían emerger un proyecto político sobre el supuesto del sujeto autónomo, el individuo (sujeto no dividido), centrado,

unitario, para quien la ciudadanía, lejos de ser pensada como su medio y su modo de ser sujeto en esta nueva sociedad, aparecía como una cualidad.

El gesto administrador del Estado Moderno requirió, como sostiene Foucault, de una táctica individualizante que hacía del Estado, no algo que se desarrollaría por encima de los individuos, sino integrándolos mediante mecanismos para disciplinar las diferencias. En estas prácticas individualizantes, diseminadas por todo el tejido social, se fue construyendo al individuo, al yo como objeto empírico. De modo tal que el yo, y la individualidad que con esta categoría gramatical se expresa, aparece de pronto como punto de partida, como origen de lo social; operación que explica cómo la complejidad de lo político quedó, en su representación moderna, reducida a la política.

Aquí convendría detenernos y servirnos de las aportaciones del psicoanálisis. Porque la teorización psicoanalítica ha desenmascarado al yo, al individuo y su ilusión de autonomía absoluta. El psicoanálisis ha revelado la historia de relaciones de poder, la estructura inestable en la cual se produce el choque de fuerzas que hacen aparecer al sujeto como residuo, como apariencia, como lo que queda, de forma siempre incompleta, parcial o temporera, de una resta, de la diferencia. Pero el psicoanálisis también nos muestra que si bien no es posible la emancipación, esa imposibilidad es condición para la agencia del sujeto; sujeto que es entonces, en su constitución misma, un sujeto político y no un sujeto de la política.

Dos momentos en la constitución de la subjetividad son claves para entender lo político: el estadio del espejo y la función simbólica del Nombre del Padre. Con el estadio del espejo Lacan da cuenta de los procesos de enajenación, que mediante la identificación con el Otro, produce un sentido ilusorio de unidad, coherencia, identidad,

autonomía y continuidad; sentido ilusorio que le permitirá al sujeto funcionar en el orden de lo social mediante el lenguaje. Durante los primeros 18 meses de vida, el niño sólo encuentra coherencia en su otro primario, usualmente la madre, quien a manera de un espejo refleja su unidad corporal mediante su identificación con ella. Sin embargo, el yo que se va constituyendo a través de estas identificaciones en el estadio del espejo lleva a una enajenación del sujeto, ya que la imagen creada es sólo un reflejo. Así, pues, el yo es siempre una imagen enajenada ya que es en el campo del Otro desde donde surge el primer significante que representará al sujeto para otro significante. La identificación es el retorno de una imagen de identidad que lleva consigo la marca de la escisión en ese “Otro” lugar de donde viene.

El Nombre del Padre produce la escisión del sujeto que lo libera de su relación dual con el Otro, escisión que marca el vacío, la incompletud, y que será motora de todas las identificaciones subsiguientes con las que el sujeto intentará acceder a una identidad. Esto es decir que la escisión producida será el motor de su subjetividad. Pero la metáfora del Nombre del Padre sólo puede liberar al sujeto de su relación dual con el Otro y concederle así autonomía mediante un acto represivo, que lo somete a una Ley superior. La función del Nombre del Padre actúa paradójicamente: al tiempo que lo integra a la comunidad, proveyéndole el conjunto de normas con las que ese yo puede operar en la estructura del lenguaje y presentarse ante los otros como una unidad diferenciada, en tanto ese yo es una categoría gramatical del lenguaje, lo somete a la estructura de relaciones de poder implicadas en el lenguaje mismo. Si el lenguaje es homólogo a la estructura de las relaciones de poder social y está, como lo expresa Foucault,

“ideológicamente contaminado”, el sujeto que se constituye desde el lenguaje, por el lenguaje, se produce como sujeto político, en un acto político.

El ciudadano antiguo y medieval quedaba entrampado en el estadio del espejo, en una relación dual con ese Otro que era al mismo tiempo el Amo. La identidad que por vía de la ciudadanía adquiría era la imagen creada en el reflejo del Otro/Amo, identificado y al mismo tiempo representado en él, enajenado e imposibilitado de pensarse como individuo. La única emancipación con la que podía soñar estaba más allá de la vida terrenal. Con la modernidad, la ciudadanía pasa a ser uno de los nombres del padre que delimita las formas de agenciamiento del sujeto. Al tiempo que lo somete al conjunto de normas y valores cívicos, ser ciudadano aparece como el vehículo del sujeto para agenciarse. Pero el proyecto político que acompaña a este modo de civilización nada debía saber de esta paradoja en la constitución del sujeto. La euforia que escoltaba a las revoluciones democráticas llevó a que se adoptase al individuo no como apariencia sino como positividad, no como lo incierto sino como principio cierto, no como presencia y ausencia simultánea sino como estancia absoluta, no como contingencia sino como punto de partida. La modernidad se cimentó sobre la ilusión de un sujeto no-dividido, autónomo, portador de la verdad y protagonista de la historia como evolución progresiva hacia la emancipación. La emancipación como metarrelato que regularía los proyectos políticos requería de una concepción del sujeto como una identidad acabada. Tal vez esto explica por qué entonces el psicoanálisis resultaba un discurso impertinente.

La ciudadanía moderna adoptó una forma estatista, nacionalista, territorialista y jurídica. Por vía de la ciudadanía, el Estado daba el encuadre para la participación en la vida pública. Las formas de agenciamiento quedaban restringidas al campo de “la

política” y sus agentes: el partido, el sindicato, las asociaciones de base, los intelectuales. El ciudadano quedaba como representante de la opinión pública. Ciudadanía e identidad nacional se hacían sinónimos una de la otra. Las identidades modernas se fijaban subordinando regiones y etnias a un espacio arbitrario llamado Nación y oponiéndolas, bajo la forma que le daba su organización estatal, a otras naciones. Eran territoriales y casi siempre monolingüísticas. En lo jurídico, la ciudadanía representaba valores abstractos tendientes a garantizar la igualdad. Un imaginario de homogeneidad ocluía la diferencia y la pluralidad. Las formas de participación ciudadana se daban en el marco de la legalidad y la racionalidad era lo que les otorgaba legitimidad.

Las transformaciones sociales ocurridas durante las últimas décadas, particularmente los efectos producidos por los desarrollos en la microelectrónica, la informática, la cibernética y la biotecnología, han posibilitado la emergencia de nuevas subjetividades políticas que retan las concepciones de ciudadanía, tanto desde la perspectiva liberal como desde la perspectiva comunitaria. En la perspectiva liberal el ciudadano se presenta como un individuo portador de derechos universales que son protegidos por las leyes aplicadas por el Estado. Si bien los derechos constitucionales de los individuos dependen de la defensa colectiva de estos derechos por la comunidad, el pensamiento liberal no tiene como prioridad la participación activa de los ciudadanos en el desarrollo de virtudes cívicas y de normas y valores comunes, quedando así reducida la ciudadanía a la mera cuestión del status legal del individuo. De otro lado, la crítica comunitaria, al enfatizar en la participación activa de los ciudadanos en el desarrollo y defensa de normas y valores comunes, revive las ideas republicanas de una comunidad basada en una concepción comprensiva del bien común. Esta representación de

comunidad basada en el bien común resulta incompatible con el pluralismo constitutivo de la democracia moderna.

En ambas concepciones, la ciudadanía aparece como un atributo del sujeto y no como el proceso a través del cual el sujeto moderno adviene a una identidad particular por efecto de su identificación con las formas de identidades que le son ofrecidas por diversos discursos. La ciudadanía como atributo es el resultado de una operación reduccionista, sustantivante y cosificante que no logra mirar los movimientos entre lo público y lo privado, lo local y lo global, lo legal y lo ilegal, lo natural y lo artificial en las formas de agenciamiento de los sujetos. La puesta en escena de la diferencia, la multiplicidad y la pluralidad a partir de los cambios que han ido marcando la sociedad hacia finales del siglo XX nos obliga a repensar la categoría de ciudadanía más allá de las concepciones reduccionistas del liberalismo, que no ve más que las partes, y del comunitarismo, que no ve más que el todo.

En la sociedad mediática, las subjetividades emergentes se constituyen renegando la metáfora ciudadana como uno de los nombres del padre. Para el ciudadano moderno, la castración simbólica que producía la ciudadanía era lo que le permitía obedecer a las reglas de la lógica moderna trazando los lindes entre lo público/lo privado, lo local/lo global, lo legal/lo ilegal, lo natural/lo artificial. Estos niveles lógicos quedan violentados ante las nuevas formas de agenciamiento que no respetan más estas fronteras y se muestran irreverentes ante las leyes de la modernidad. La cultura hi-tech transgrede los confines epistemológicos y políticos que conforman la estructura maniquea de la dominación moderna y desafía los dualismos naturaleza-cultura, animal-humano, orgánico-artificial que le sirven de base. Las subjetividades que se constituyen a partir del

lenguaje electrónico desbordan los espacios que había delimitado la metáfora ciudadana para agenciar lo político, confiriéndoles a éstos un sentido conservador y antidemocrático. Hoy deben ser otros los nombres del padre, pues la ciudadanía se presenta como un edipo sin súbditos.

Un conjunto de eventos contingentes da cuenta de la mutación epocal a la que asistimos con la emergencia de estas nuevas subjetividades. Por un lado, los desarrollos en el campo de la microelectrónica posibilitaron la transformación del modo de producción, de uno basado en el fordismo, donde imperaba el trabajo manual-técnico y donde la máquina aparece como apéndice del humano, a uno apoyado en el posfordismo, donde predomina el ordenador y los sistemas reprogramables y donde la máquina aparece acoplada al humano. La accesibilidad a estas tecnologías llevó a la proliferación de pequeñas empresas intermediarias que ponen en práctica nuevas formas de organización del trabajo. El régimen de acumulación flexible pone en escena a un sujeto con identidades laxas. El trabajo se convierte en uno de control y gestión de la información, de capacidad de decisión; trabajo inmaterial/intelectual que requiere de la presencia constante de subjetividad. La internacionalización de la cadena de ensamblaje ha permitido el surgimiento de empresas transnacionales y el desarrollo de un mercado que es simultáneamente global y local. Con ello se fracturan las identidades que giraban en torno a lo nacional y se transforman las relaciones entre producción y consumo. Sobre este aspecto, García Canclini ha mostrado cómo los medios electrónicos hicieron irrumpir las llamadas “masas populares” en la esfera pública, desplazando el desempeño ciudadano hacia las prácticas de consumo. La microelectrónica es la base técnica del

simulacro, de la copia sin original, de las réplicas que cuestionan cualquier sentido de origen y que trastocan los lindes entre ficción y realidad.

De otro lado, los desarrollos en el campo de la cibernética y la informática han vehiculado el pasaje de una sociedad orgánica e industrial a una sociedad de la información. La proliferación de los medios de comunicación ha posibilitado que identidades ocluidas bajo los absolutos de la modernidad logren acceso a la palabra y cobren visibilidad. Con ello se amplían las visiones de mundo y se pone en escena la diferencia y la multiplicidad. Nuevas formas de relación entre los sujetos se ponen en marcha con la mediación de la comunicación electrónica. Se trata de relaciones por elección que tienen más que ver con las afinidades provisorias que con las identidades fijas.

Los desarrollos en el campo de la biotecnología, con la ingeniería genética, las prótesis, los trasplantes de órganos de animales a humanos, provoca una perplejidad ética que interroga todo sentido de pureza humana. El cuerpo, lo orgánico, ya no puede ser visto como matriz natural de identidades de género, raza o de sistemas clasificatorios de incapacidad, impedimento o enfermedad.

La mediación tecnológica aparece como la base de una nueva condición cultural que hace de la metáfora del cyborg un modo de dar cuenta de la infinidad de formas que puede asumir la agencia del sujeto. Pero no hay nada en esto que en sí mismo sea motivo de celebración. De lo que se trata aquí es de reconocer a un sujeto que, ante la ciudadanía moderna, muestra su perversión. Un sujeto cuya relación imaginaria con su yo es cada vez menos ingenua y desborda su subjetividad política en espacios que exceden la realidad. Se trata, más bien, de pensar lo político más allá de la política; de producir

nuevas categorías que permitan hacerle justicia a la complejidad. Se trataría, más que nada, de que en el reconocimiento de esa imposibilidad de llenar el vacío constitutivo del sujeto y la sociedad, se reconozca la diferencia como el vehículo para una sociedad democrática radical. Si la posibilidad de *ser* radica en la imposibilidad de trascender la diferencia, estamos obligados a despojarnos de cualquier proyecto sintetizador. Puesto que en sus reagenciamientos el sujeto contemporáneo reniega del nombre que la metáfora ciudadana le confiere, deshacer la ecuación que iguala al sujeto con el ciudadano podría permitirnos ir más allá en la comprensión de estas nuevas subjetividades políticas.